

## “Una semilla de fuego de súbitas raíces”: Tiempo y oración en Thomas Merton”

Fraternidad del Santo Nombre  
<https://elsantonombre.org/misticas-y-misticos-cristianos/>  
 Curso 2024-2025

Fernando Beltrán Llavador

Buenas tardes, quisiera comenzar con un poema de Merton, traducido por Sonia Petisco, quien me hace feliz al saber que nos acompañará más adelante. Sirva a modo de oración:

*Más cercano y claro  
 que cualquier sabio maestro,  
 tú, desconocido de mi corazón,  
 a quien nunca he contemplado,*

*más profundo y transparente  
 que el océano tempestuoso,  
 ¡recibe mi silencio,  
 sostenme en tu Mano!<sup>1</sup>*

Y a esta plegaria acompaña mi alegría y mi gratitud a Xavier por su amable invitación y por su espera paciente para esta pequeña presentación en un foro cuya misma existencia ya es una bendición. Mi gratitud también a quienes están al otro lado de la pantalla, por su presencia y su escucha.

Me gustaría compartir unas breves notas de un tema, el del tiempo y la oración<sup>2</sup>, realmente inabarcable, que es central en la obra y en la comprensión y vocación contemplativa de Thomas Merton, y de la tradición que abrazó como monje cisterciense.

Dividiré la exposición en cuatro partes diferenciadas aunque relacionadas entre sí: En primer lugar introduciré pinceladas mínimas sobre el tiempo a modo de marco preliminar. En segundo lugar, dibujaré, de manera forzosamente parca, un perfil de la vida de Merton para poner rostro y contexto a sus meditaciones. La tercera parte, que es la central, consistirá en presentar cuatro focos textuales, de él mismo y sobre él. La última será también en clave de oración, e igualmente de su mano. En suma, me haré eco de su voz, y la mía será cauce de su palabra.

<sup>1</sup> Thomas Merton, “El desconocido”, *Oh, corazón ardiente. Poemas de amor y de disidencia*, Sonia Petisco, ed. y trad. [antología bilingüe], Trotta: Madrid 2015, 109.

<sup>2</sup> El tema de Merton y el tiempo ha sido abordado de manera amplia por Ross Labrie, “Merton and Time”, *The Merton Annual*, 11 (1998): 121-137.

## 1. Breves apuntes preliminares sobre el tiempo

Vayamos, pues, con la primera parte. En un artículo sobre el tiempo cronológico y el tiempo de salvación, el profesor Ángel Cordovilla utiliza, para distinguirlos de manera gráfica, dos pinturas del Museo del Prado: la primera, titulada “Saturno”, forma parte de las llamadas “pinturas negras” de Francisco de Goya, y la segunda es la Trinidad, del Greco. En el primer cuadro se muestra al dios *Chronos* de la mitología griega como un hombre anciano engullendo a una joven, un símbolo del tiempo que devora cruelmente las edades y los días, los minutos y los siglos, su progenie, a medida que los engendra. En el cuadro del Greco, por el contrario, se representa a Dios como Padre que, en el amor indeleble del Espíritu, nos da a su Hijo para que el tiempo que vivimos —un tiempo no robado ni devorado sino regalado— sea el camino para alcanzar aquello para lo que hemos sido creados en el tiempo: ser, también nosotros, “hijos en el Hijo eterno”. Lejos de oponerse o excluirse —observa— la eternidad y la temporalidad se unen, sin confusión y sin separación, “desde el misterio de la encarnación del Dios eterno en el tiempo”. Y señala, junto a los Padres de la Iglesia, que “el Dios eterno se ha hecho tiempo, para que el tiempo llegue a participar de la eternidad de Dios”. El tiempo, “expresión de la pedagogía de Dios”, no es algo de lo que estemos llamados a salir ni hacia adelante ni hacia atrás, ni a absolutizar ni a relativizar. Los cristianos, continúa, “estamos llamados a convertir el *chronos* en *kairós*, el tiempo cronológico en tiempo salvífico”. No son dos, sino un “único tiempo que puede ser vivido de diversas formas”. ¿Y cómo? El profesor Cordovilla hace suya la respuesta de san Agustín, que consiste en un obrar “por amor de tu amor” (libro XI de las *Confesiones*), la misma respuesta que convierte las constantes llamadas a los oficios monásticos, marcados de forma implacable, en un “apremio sereno”, al incardinar deliberadamente el tiempo mensurable, mediante la oración, en el tiempo de Dios, allí donde la persona orante reconoce, agradece y se abre a la presencia de Dios en su presente, que celebra y que ofrenda. “Nada se anteponga a la obra de Dios”, dice el número 43 de la Regla de San Benito. Y es que —concluye el teólogo— “el sentido del tiempo lo da el amor. El amor que [...] pone en todo aquello que hace a lo largo del tiempo, como respuesta agradecida a un amor primero que se nos ha dado sin medida”.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Ángel Cordovilla Pérez, “Tiempo cronológico y tiempo de salvación”, *Nova et Vetera: Pensamiento y mundo monástico* 94 (julio-diciembre 2022): 9-27.

Así las cosas, ¿es necesario, es siquiera posible, experimentar esto fuera del claustro, cuando nuestras vidas se parecen a las del conejo blanco en *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, que siempre está llegando tarde? En un ensayo titulado “Aprender a vivir”, Merton señalaba el *logos* y la *ratio* comunes al monasterio y la universidad. Siendo ambas escuelas, los monasterios son, sin embargo, específicamente “escuelas de caridad”.<sup>4</sup> Por su parte, el autor de un libro titulado precisamente *La escuela del alma* reclama para la educación de las personas “disponer de tiempo” —lo que él llama “altercronía”— como “condición de posibilidad del cuidado, del estudio, de la ensoñación imaginativa y de la creación”.<sup>5</sup> Otro teólogo, Gisbert Greshake, afirma que “Dios regala tiempo”, y lo hace porque entiende que la libertad “significa esencialmente ‘temporalización’, es decir, [que] en el paso por el mundo, [en] encuentros concretos, [...] el hombre [y la mujer] tiene[n] que llegar a ser más *communio*, comunidad, intercambio de vida y amor, para alcanzar una mayor semejanza con Dios”.<sup>6</sup> Para Jean Gebser “se trata de hacer transparente a todo el ser humano”, o lo que es igual, que el origen se haga diáfano y manifiesto en el presente, en el mundo y en la vida cotidiana, pues “la transparencia es la forma fenoménica de lo espiritual”.<sup>7</sup> A esa transparencia se accede con la atención amorosa que aconseja san Juan de la Cruz: “no contemplar a nadie con una mirada superficial o de indiferencia, sino con una mirada limpia y atenta. Saber que hay un misterio divino en cada vida que se cruza con nuestras vidas [pues] ‘Todos llevan tu soplo incorruptible’ (Sab 12,1)”<sup>8</sup>. De hecho, “la creación —explica el profesor Pedro Castelao— no nos habla de un acto puntual de inicio [en un pasado remoto] sino de un modo de relación que abarca todos los modos del tiempo [...] Estamos enraizados en la eternidad de Dios [y] afianzamos nuestra condición de criatura cuanto más máximamente unidos estamos a la realidad fontal de la que procedemos.”<sup>9</sup> Y el estudioso de la Sagrada Escritura, Luis Alonso Schökel, ante el Salmo 138 (139) (“Señor, tú me sondeas y me conoces”), señala que la sabiduría de Dios lo abarca todo, “por encima del detrás y el delante, antes de la palabra y el pensamiento, dominando el espacio y el tiempo”.<sup>10</sup>

<sup>4</sup> Thomas Merton, “Aprendiendo a vivir”, *Amar y Vivir: El testamento espiritual de Merton*, Oniro, Barcelona 1997, 7-23.

<sup>5</sup> Josep María Esquirol, *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*, Acanalado, Barcelona 2024, 34.

<sup>6</sup> Gisbert Greshake, *Creer en el Dios uno y trino. Una clave para entenderlo*, Sal Terrae, Santander 2002, 57.

<sup>7</sup> Jean Gebser, *Origen y presente*, Atalanta, Girona 2011, 33 y 729.

<sup>8</sup> Juan Antonio Marcos, *La Mística como Atención Amorosa. San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 2022, 188.

<sup>9</sup> Pedro Fernández Castelao, “El misterio de la creación” [conferencia impartida el 18 de octubre de 2023. Centro Fe y Desarrollo. Valladolid]: <https://www.youtube.com/watch?v=SrE89RXIwj4&t=238s>

<sup>10</sup> Luis Alonso Schökel, trad., *Salmos y cánticos del breviario*, Cristiandad, Madrid 1966, 384.

## 2. Pinceladas biográficas de Thomas Merton<sup>11</sup>

Tratemos de asomarnos ahora al itinerario visible de Merton dentro de ese tejido del tiempo, a la vez personal, cósmico y salvífico, situado históricamente y colmado de amor y paradoja. Thomas Merton, el autor católico estadounidense más influyente del siglo XX, escribió más de sesenta libros, que incluyen su famosa autobiografía, *La montaña de los siete círculos*, una decena de volúmenes de cartas, y cientos de poemas y artículos sobre la espiritualidad monástica, los derechos civiles, la no violencia y la carrera armamentística nuclear.

Su padre, procedente de Nueva Zelanda, y su madre, de Estados Unidos, fueron artistas. Se conocieron en una escuela de pintura de París, se casaron en Londres, y regresaron a Francia, donde Merton nació el 31 de enero de 1915, en Prades, en la frontera con España.

Tras una adolescencia de turbulencias personales y conflictos de alcance mundial, Merton se convirtió al catolicismo mientras estudiaba en la Universidad de Columbia, en los Estados Unidos, y el 10 de diciembre de 1941 ingresó en la abadía trapense de Getsemaní.

Los 27 años que pasó en Getsemaní su comprensión del mundo y de sí mismo experimentó profundos cambios. Un proceso de conversión continua le impulsó al terreno del compromiso solidario hasta llegar a ser considerado la voz de la conciencia del movimiento por la paz de los años sesenta. Merton fue firme defensor de la no violencia. Ha sido descrito como un “crítico contemplativo”<sup>12</sup>, por su denuncia de cuanto resultaba inhumano y por su anuncio apasionado de una nueva humanidad.

Durante sus últimos años, se interesó seriamente por las religiones asiáticas y promovió el diálogo entre Oriente y Occidente. Tras varios encuentros personales con Merton en 1968, el propio dalái lama elogió tanto su conocimiento profundo del budismo como haberse acercado por primera vez, a través suyo, a una comprensión viva de la fe cristiana. Fue durante un encuentro sobre el diálogo interreligioso monástico cuando murió, cerca de Bangkok, el 10 de diciembre de 1968, la fecha del 27 aniversario de su entrada en la vida monástica.

De manera gráfica, podríamos decir que Europa representó su acceso a la *fuentes* de la contemplación, América su implicación en el *río* de la acción y Asia su inmersión en un *océano* de insondable compasión.

---

<sup>11</sup> Datos obtenidos de <https://merton.org/chrono.aspx>

<sup>12</sup> Henri J. M. Nouwen, *Thomas Merton, contemplative critic*. HarperCollins, San Francisco 1981.

### 3. Cuatro núcleos textuales:

Tras estos datos muy sucintos, a continuación quisiera compartir una selección de textos de Merton que ilustran su comprensión del tiempo en relación con su experiencia de oración. Son, en sí mismos, fruto y materia de contemplación.

#### 3.1. “Vigilante contra el fuego” (*El signo de Jonás*)

Once años después de su ingreso en el monasterio de Kentucky, y un año después de haber sido nombrado maestro de escolásticos, el 4 de julio de 1952, hace una ronda nocturna en su turno como vigilante contra posibles incendios, que describe, a modo de meditación, en el epílogo de sus diarios desde 1946 hasta 1952, publicados como *El signo de Jonás*<sup>13</sup>. En este punto no quisiera dejar de mencionar, y recomendar, el libro Ramón Cao Martínez, *Ocultarse en una hoguera*, en el que ofrece un estudio exhaustivo de Thomas Merton a través de sus diarios, y cuya primera parte está dedicada enteramente a su vivencia del tiempo, tal y como queda plasmada en estos. En ella, el profesor Ramón Cao examina con abundancia de ejemplos sus notas acerca del paso del tiempo, el transcurso de las estaciones, la fuerza del presente, y las modalidades, en fin, del recuerdo y del cumplimiento. También dedica unas páginas luminosas a este mismo episodio, el de la vigilancia nocturna, que define como un “hermoso poema en prosa” en el que “brillan las brasas de una experiencia vivida”<sup>14</sup>.

Leemos al inicio del epílogo: “La noche, Señor mío, es tiempo de libertad [...] Todas las cosas comenzaron en la noche, y en la noche se ha presentado ante mí el final de todas las cosas”. Y de inmediato, añade: “Bautizado en los ríos de la noche, Getsemaní ha recuperado su inocencia.” ...Y allí, y entonces —leemos— “con el reloj colgado del hombro, en el silencio del 4 de julio, me he convertido en vigilante nocturno, en esta casa que un día perecerá”. Esa es la cifra y el dato, el final seguro. Y pasa a relatar la sucesión de pasos en su ronda nocturna contra el fuego, que comienza sacando el pesado reloj de una caja donde también se guardan las zapatillas y la linterna del vigilante. Anota con precisión notarial cada tramo del tiempo: “transcurren diez o quince minutos hasta que deja de percibirse el rumor de pasos por los claustros”, “A las ocho y cuarto, permanezco en la oscuridad”. “Ocho y media. Empiezo mi ronda por el sótano”. “Marco el reloj junto a la puerta de la panadería [...], el segundo puesto de control”, etc.

<sup>13</sup> Thomas Merton, “Epílogo. Vigilante contra el fuego”, *El signo de Jonás. Diarios (1946-1952)*. Desclée de Brouwer, Bilbao 2007, 391-405.

<sup>14</sup> Ramón Cao Martínez, *Ocultarse en una hoguera. Thomas Merton a través de sus diarios*, Eurisaces, Ourense 2015, 52.

Entre esos momentos pulcramente registrados, “*crono* metrados”, sus páginas adquieren densidad, una hondura incalculable en la que asoma una urgencia oculta: “la ronda nocturna contra el fuego es un examen de conciencia [...], un pretexto ideado por Dios para aislarnos y explorar nuestras almas con lámparas y preguntas, en el corazón de la oscuridad”. Entonces, el diálogo adquiere inusitada intimidad. Sus palabras, en adelante, se convierten en pozo y espejo, su asomo en asombro, su pasmo en abismo: “Yo te heorado durante el día con pensamientos y razonamientos, y por la noche Tú te has encarado conmigo desvaneciendo pensamiento y razonamiento”.

Y salpica el diálogo con retazos de la memoria, que son “resonancia viva”, poblada de imágenes e impresiones sensoriales que afloran a la conciencia: “Aquí y ahora, de noche, con este enorme reloj apoyado en mi cadera derecha... siento como si todo hubiese sido irreal”. ¿Se hace entonces claro, en el centro de la noche, que la apariencia de este mundo pasa? En los primeros versos de un poema titulado “Cactus floreciendo en la noche”, Merton destila el aroma de ese misterio sin tiempo en el corazón del instante: “Conozco mi hora, que es oscura, silenciosa y breve / porque únicamente me hago presente sin previo aviso durante una noche”<sup>15</sup>.

Merton prosigue: “Lo más impresionante de la vigilancia contra el fuego es que recorre Getsemaní no solo en longitud y altura, sino también en profundidad. Se llega a extrañas cavernas...” Los muros esconden “significados ocultos”. “La noche está henchida de indecibles murmullos”. Y a la vez, “la ilusión del sonido tan solo intensifica la infinita sustancia de Tu silencio”. Y “mientras nos formulamos nuestras preguntas [...] los edificios más santos arden hasta quedar convertidos en cenizas, mientras el vigilante elabora una teoría de la duración”.

Para el científico y humanista Iain McGilchrist, familiarizado, como Merton, con Henri Bergson, “nuestra comprensión del tiempo influye en el significado que otorgamos al mundo [...]; tiene ramificaciones en todo cuanto importa, y de manera especial en nuestra manera de entender la existencia misma”, que podemos concebir de manera mecánica u orgánica, como engranaje o como vida, agua estancada o fluida. Uno de los graves malentendidos de nuestra cultura, a su modo de ver, consiste en la reificación del tiempo. Mas el tiempo —afirma de manera rotunda—, no es cosa alguna, como tampoco lo es el amor<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Thomas Merton, “Cactus floreciendo en la noche”, *Oh, corazón ardiente*, op. cit., 163.

<sup>16</sup> Iain McGilchrist, Chapter 22, “Time” (Part Three: The unforeseen nature of reality), *The Matter with Things. Our Brains, Our Delusions, and the Unmaking of the World*, volume II, 882, 901.

Merton prosigue describiendo su camino hacia la torre, pasando por el segundo piso, y recorriendo después los dormitorios del tercer piso, pasillos, vestíbulos, puertas y alas del edificio, salas, recintos vacíos, celdas, umbrales de soledad llenos de presencias; más escaleras, y al fondo del *scriptorium* “el estropeado reloj de cuco al que el padre Willibrod da cuerda cada mañana, con un gesto de desafío, justo antes de abrir de golpe las ventanas”. Se encuentra con una pequeña capilla: “No puedo pasar ante ella sin que algo inexplicable surja de las profundidades de mi ser”. Sigue su ronda. “Marco el reloj en la siguiente parada”. “Tarea cumplida”. “Estoy ya a más altura que los árboles. Al final se halla la puerta que conduce al ático y la torre”. “El frío firmamento se abre sobre la helada inmensidad de las estrellas” —anota en este punto. “Dejo el reloj sobre un saliente del campanario y oro”. Ante él, un océano de silencio sin medida. Allí conversa con Él, el Dios “de esta gran noche” y le pregunta, le cuenta o le canta; le confía, y se vacía, como un amigo a su amiga: “¿Recuerdas aquel lugar junto al arroyo [...] aquella vez en otoño? [...] ¿Sabes que fue de los pequeños álamos que plantamos en primavera?”

Y en las aguas de su plegaria, sintiendo su fuente, se rinde: “Hay mayor consuelo en la realidad del silencio que en la mera respuesta a una pregunta. La eternidad está en el presente [...] La eternidad es una semilla de fuego cuyas súbitas raíces rompen las barreras que impiden a mi corazón ser un abismo. Las cosas del Tiempo están en connivencia con la eternidad [...]. Todo cambia, muere y se esfuma. Las preguntas surgen, se formulan y desaparecen. En esta hora dejaré de hacerlas, y el silencio será mi respuesta”.

Prende, así, una semilla de fuego de súbitas raíces, una llama en la noche. Merton escribe: “Lo que fue entregado a Moisés en tablas de piedra [...] ahora está ... profundamente arraigado en nuestras almas, tan silenciosamente como el aliento de nuestro propio ser”.

### 3.2. *Tiempos de celebración*

En la voz “Tiempo” del *Diccionario de Thomas Merton*, el estudioso Patrick O’Connell<sup>17</sup> destaca, como señalamos al inicio, que lo central en el cristianismo “no es huir del tiempo, sino redimir el tiempo”. Eso informa la visión y la vivencia de Thomas Merton, que él expresa afirmando que “la libertad del contemplativo cristiano no es libertad *del* tiempo, sino libertad *en* el tiempo”.

---

<sup>17</sup> William H. Shannon, Christine M. Bochen y Patrick F. O’Connell, *Diccionario de Thomas Merton*, Mensajero, Bilbao 2015, 560.

No es tanto, pues, o no es solo, liberarse de la bruma y la opacidad que lo envuelve, sino disponerse a su posibilidad, llevarlo a plenitud adhiriéndose al impulso del Espíritu. “Es la libertad para salir al encuentro de Dios [...] aquí y ahora, en este preciso momento en que pide la cooperación del hombre para dar forma al curso de la historia, conforme a las exigencias de la verdad divina, de la misericordia y fidelidad divinas”<sup>18</sup>.

Merton distinguía tres clases de tiempo: uno familiar y convencional, el tiempo de reloj: lineal, segmentado y cuantificable; otro, el tiempo monástico: un tiempo de liturgia y no de letargo, pautado por la oración y armonizado con las estaciones; y un tercero, el tiempo de la naturaleza: no una línea o un círculo, no una espiral o una escalera, sino una corriente que desafía las categorías, que a la vez que escapaba a su entendimiento adquiría singular resonancia en soledad<sup>19</sup>.

Con el paso de los años, Merton se va haciendo cada vez más sensible a esa atmósfera de creciente transparencia. El 29 de octubre de 1964, anota en su diario: “Dormir en la ermita le da a uno un sentido totalmente distinto del tiempo. [...] El día entero tiene diferentes dimensiones”<sup>20</sup>.

En un pequeño ensayo que compone, a petición de su amigo y poeta venezolano Ludovico Silva, sobre un “día típico”, se insinúa el aire de ese flujo o aliento: “Aquí arriba en el bosque se ve el Nuevo Testamento: es decir, el viento llega a través de los árboles y tú lo respiras”<sup>21</sup>.

Ya antes de eso, en 1963, refiriéndose al Adviento, había escrito: “La venida del Señor, que es lo mismo que su ‘presencia’, es la venida de lo nuevo, no la renovación de lo viejo; y la Historia Sagrada es como el río de Heráclito, en el que nadie se baña dos veces”. Paradójicamente, “como el Reino es la ‘plenitud del tiempo’ en cierto sentido hace presente el pasado en su cumplimiento. Ahora bien, el pasado cumplido no es el pasado meramente renovado, sino que queda completamente transformado en el presente. [Y es que] estas realidades tienen una especie de intemporalidad: no es que sean ideas estáticas y eternas, abstracciones platónicas, sino cumplimiento dinámico de todo lo temporal e incompleto. Así pueden, al mismo tiempo, entrar en el tiempo y trascenderlo”.

---

<sup>18</sup> Thomas Merton, *Semillas de destrucción*, Pomaire, Santiago de Chile/Buenos Aires/México/Barcelona 1966, 14.

<sup>19</sup> Aaron J. Godlaski, “Neither This nor That: Merton’s Communion with Nature”, *The Merton Annual* 36 (2023): 143-156, 154.

<sup>20</sup> Thomas Merton, *Dancing in the Water of Life: Seeking Peace in the Hermitage. Journal*, vol. 5: 1963-1965, Robert E. Daggy, ed., HarperCollins, San Francisco 1997, 158.

<sup>21</sup> Citado en Paul M. Pearson, ed., *Contemplando el paraíso. Las fotografías de Thomas Merton*, Mensajero, Bilbao 2021, 86.

No son ideas sino realidades; mas ¿cómo entran en el tiempo y lo trascienden? “¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo?” (Jn 3,4). Es que *kairós* y *kenosis*, cumplimiento y abajamiento, plenitud y pobreza, verdad y humildad, van de la mano. “La plenitud del tiempo es el tiempo [del vaciamiento de Cristo] en nosotros. La plenitud del tiempo es el tiempo de nuestro vaciamiento, que atrae a Cristo a bajar a nuestras vidas de modo que en nosotros y por medio de nosotros pueda traer la plenitud de su verdad al mundo. [...] ¿En quién descansará su Espíritu sino en los humildes y en los pobres?”<sup>22</sup> —se pregunta.

En otro ensayo, “El tiempo y la liturgia”, de 1955, Merton ya había dicho que el tiempo en la Liturgia “no está *fuera del tiempo*, no es una huida del flujo y la decadencia de la vida, sino una afirmación de la plenitud de la vida, [...] ni en el tiempo ni fuera de él”. Y añadía: “En todo misterio litúrgico tenemos esta superposición de tiempo y eternidad, de lo universal y lo personal [...]. Cristo... abraza todas las cosas, las divinas y las humanas, las espirituales y las materiales, las antiguas y las nuevas, las grandes y las pequeñas, y en la liturgia se hace Él mismo todas las cosas para todos los hombres y se hace todo en todos”. No obstante, advierte que “el tiempo litúrgico pierde su significado cuando se convierte simplemente en la complaciente celebración del *status quo*”<sup>23</sup>. Por eso, el profesor Fagerberg invita a los cristianos a adoptar una disposición plenamente litúrgica, esto es, una actitud que exprese en forma de acción, en el día a día, la actividad de nuestro corazón, hasta hacerse presente no solo en los sacramentos sino, desde ellos, en el ser y en el quehacer de la persona entera<sup>24</sup>.

Vivir el momento como *kairós* tiene para Merton profundas consecuencias sociales, y entre otras, explica su apoyo a la visión profética de Martin Luther King, y su reconocimiento de que pocos cristianos blancos habían aceptado su invitación a vivir la imagen bíblica que este les ofrecía. “No es meramente la falta de acción, sino la falta de contemplación, lo que socava la respuesta [...] al ‘tiempo de decisión urgente y providencial’, un no ver además de, y que es origen del, no actuar<sup>25</sup>.” El 7 de noviembre de 1968, un mes antes de morir, Merton sugería que “la vida contemplativa tiene que ofrecer [...] una nueva experiencia del tiempo”: “abierto a los demás” y “compasivo”<sup>26</sup>.

---

<sup>22</sup> Thomas Merton, “Adviento, ¿esperanza o engaño?”, *Tiempos de celebración*, Sal Terrae, 93-104, Santander 2013, 96, 98-99.

<sup>23</sup> Thomas Merton, “El tiempo y la liturgia”, *Tiempos de celebración*, op. cit., 53, 61, 64.

<sup>24</sup> David W. Fagerberg, “Preface”, *Consecrating the World. On Mundane Liturgical Theology*, Angelico Press, Kettering, OH 2016.

<sup>25</sup> William H. Shannon, Christine M. Bochen y Patrick F. O’Connell, *Diccionario de Thomas Merton*, op. cit., 561.

<sup>26</sup> Thomas Merton, *Diarios (1939-1968)*, Mensajero: Bilbao 2014, 351.

### 3.3. Lectura sapiencial de *El ruido y la furia*

Esa experiencia de tiempo en realidad hunde sus raíces en una cualidad sapiencial que llegaría a impregnar de manera radical los sentidos exteriores y la visión espiritual de Merton en la última década de su vida, y constituye un hilo común a “muchos de sus escritos de madurez sobre la contemplación, el diálogo interreligioso, las propuestas de Gandhi sobre la no violencia, la protección de la naturaleza y la creación literaria<sup>27</sup>”. ¿Qué cualidad es esa? Merton escribió un poema en prosa que fue publicado por primera vez en una edición limitada del artista Victor Hammer, a partir de un grabado en madera de este último que vio cuando lo visitó a principios de 1959. El grabado muestra a Jesús, siendo niño, coronado por una mujer, y se inspira en “la figura de la Sabiduría de Proverbios 8, en reflexiones de teólogos rusos [...], en los escritos de la ermitaña inglesa del siglo XIV Juliana de Norwich [y] en los propios sueños de Merton”<sup>28</sup>.

Un fragmento de ese poema, con fuerte impronta bíblica, reza así: “Hay en todas las cosas visibles una fecundidad invisible, una luz tenue, una docilidad sin nombre, una totalidad escondida. Esta Unidad e Integridad misteriosa es la Sabiduría, la Madre de todo [...] Es al mismo tiempo mi propio ser, mi propia naturaleza, y el Don del Arte y del Pensamiento de mi Creador en mi interior, hablando como *Hagia Sophia*, como mi hermana, la Sabiduría. [...] Nazco de nuevo ante la voz de esta, mi hermana, que me ha sido enviada desde la profundidad de la fecundidad divina<sup>29</sup>”.

En una carta posterior que dirige a su amigo, el autor del grabado, en mayo de ese mismo año, le dice que *Sophía*, la más elevada realidad, se manifiesta no en el poder sino en la pobreza<sup>30</sup>, pues solo la pobreza permite ver una luz colmada de tal misericordia que, en comparación, la belleza creada palidece. Y señala que es la propia *Hagia Sophia* “quien guía a los verdaderos artistas<sup>31</sup>”.

Seis años más tarde, en 1965, tras dejar su responsabilidad como maestro de novicios, Merton empezó una nueva etapa como ermitaño en una pequeña construcción en los terrenos de la abadía.

---

<sup>27</sup> Patrick F. O’Connell, comentarios preliminares a Thomas Merton, “‘Baptism in the Forest’: Wisdom and Initiation in William Faulkner”, Thomas Merton. Selected Essays, Patrick F O’Connell, ed. Orbis, Maryknoll, NY 2013, 402.

<sup>28</sup> Patrick F. O’Connell, entrada *Hagia Sophia*, William H. Shannon, Christine M. Bochen, y Patrick F. O’Connell, *Diccionario de Thomas Merton*, op. cit., 267.

<sup>29</sup> Thomas Merton, “*Hagia Sophia*”, *The Collected Poems*, New Directions, New York 1977, 363 [mi traducción].

<sup>30</sup> Christopher Pramuk, *Sophia. The Hidden Christ of Thomas Merton*. Liturgical Press, Collegeville, Minnesota 2009, 297.

<sup>31</sup> Thomas Merton, *Witness to Freedom. Letters in times of crisis*. William H. Shannon, ed. Farrar, Straus & Giroux, New York 1994, 5.

No obstante, cada domingo por la tarde, regresaba al monasterio para continuar impartiendo conferencias o lecciones abiertas a quien quisiera de la comunidad, que contaron con una asistencia cada vez más nutrida. En ellas explora, además de temas propiamente monásticos, reflexiones sobre tecnología y alienación, o sobre literatura, una pasión que le acompañó desde su juventud.

En enero de 1967 comenzó a dar una serie de charlas sobre “los valores clásicos en William Faulkner”. Merton consideraba a Faulkner, galardonado con el Premio Nobel en 1949, a la altura de genios como Melville, Dickens o Dostoievski. Uno de los rasgos distintivos del escritor sureño es su adopción de múltiples perspectivas narrativas para contar un mismo suceso desde distintos puntos de vista e intrincadas escalas temporales.

En esas charlas Merton comentó, desde una lectura sapiencial, distintos relatos y novelas del escritor, que finalizaron en mayo de ese mismo año, con su lectura de *El ruido y la furia*<sup>32</sup>. Hoy están al alcance de todos las grabaciones originales que se hicieron de las mismas<sup>33</sup>. Oír a Merton de viva voz permite apreciar sus énfasis, su entusiasmo contagioso, sus notas de humor, su permanente sentido del asombro, el estudio y la oración que informan su discurso, y su tono dialogante, directo y llano, su “pasión por la palabra”<sup>34</sup>. Merton utilizó, además, parte de ese material en el libro *Leer la Biblia*, que se publicó póstumamente<sup>35</sup>. Antes, en esas páginas, ya se había referido a la película de Pier Paolo Pasolini, *El Evangelio según san Mateo*, de 1964, así como a Erich Fromm, Albert Camus y Bonhoeffer, en un ejercicio a la vez de meditación, de divulgación y de conversación. Lo que sigue son extractos de ese libro, donde comenta la novela de Faulkner.

Merton escribe: “en [...] *El sonido y la furia*, al describir el servicio litúrgico de Pascua en la pequeña iglesia de los negros, Faulkner nos deleita con uno de los relatos más auténticos y conmovedores de una profunda experiencia bíblica. Esta experiencia gira [...] en torno a la escucha auténtica del mensaje de Dios, [...] predicado y recibido con fe en una comunidad de creyentes sencillos y sinceros”.

Y destaca su “reacción común de fe, respuesta, aceptación, afirmación, alabanza y acción de gracias” a “la ‘palabra’, [que] no es simplemente comprendida sino *celebrada*”, no solo escuchada sino asentida y respondida.

---

<sup>32</sup> Thomas Merton, *The Literary Essays*. Brother Patrick Hart, ed., New Directions, New York 1981, 497-514.

<sup>33</sup> Thomas Merton, *On William Faulkner and Classical Literature*. 11 Lectures on 5 CDs, Now You Know Media 2013. <https://www.learn25.com/product/thomas-merton-on-william-faulkner/>

<sup>34</sup> Sonia Petisco, *Thomas Merton: pasión por la palabra*, Universidad de Valencia, Valencia 2018.

<sup>35</sup> Thomas Merton, *Leer la Biblia*, Oniro, Barcelona 1999, 69-76.

Merton dice de la novela que la casa en la que la cocinera negra está empleada “confirma el título del libro”, ruido y furia, locura y caos. Ella, Dilsey, “es el único personaje plena e inequívocamente cristiano en los escritos de Faulkner” y, en efecto, “la casa [en la que trabaja] es en realidad una especie de Egipto de violenta inutilidad, y Compson, su dueño, un faraón que se esfuerza al máximo por convertir a los demás en esclavos de su voluntad arbitraria.” En la iglesia de los negros, su predicador inicia el servicio imitando a los sacerdotes blancos pero su experiencia se transforma de súbito, al *ver* “la memoria y la sangre del Cordero”. Y es entonces cuando “la congregación [...] responde a un sermón que [...] condensa en unos pocos momentos toda la historia de la salvación”. [...] “Dilsey, con lágrimas resbalando por sus mejillas y la cara resplandeciente, ha visto ‘el principio y el fin’”. Antes que un recurso literario, la transformación del reverendo Shegog sugiere, para Merton, una profunda comprensión del Nuevo Testamento: “el paso de la letra [...] al Espíritu vivificante que no puede quedar encerrado dentro [...] de una mera observancia ritual”. Por otro lado, la transformación correlativa de Dilsey es “completamente bíblica”, “fruto de una maduración interior” que se va percibiendo a lo largo de la trama, un nudo de situaciones de violencia, sinsentido y confusión: “Es su *kairós*, su tiempo de iluminación y liberación, su encuentro con el poder creador y redentor del Espíritu, que le muestra todo el mundo, la historia y la Biblia reunidos en un fogonazo de luz, ‘el principio y el fin’”. Esto es, Dilsey —negra, analfabeta, ignorante, sierva, pobre, nada— “ve” “al Cristo del *Apocalipsis*, el Alfa y la Omega”. Merton concluye: “Que Dilsey llegue a gozar de esta experiencia de *kairós* se debe al hecho de que todo su sentido del tiempo es bíblico desde el principio. La clave para la comprensión de *El sonido y la furia* es la diferencia entre el sentido del tiempo de los diversos personajes”. Uno de ellos, con discapacidad, vive en una intemporalidad de pura naturaleza. Otro [está] obsesionado por el tictac de los relojes. El propietario es un hombre de negocios y como el anterior, está atrapado “en la red de un tiempo puramente abstracto”. Sin embargo, la vivencia que tiene Dilsey del tiempo no está medida por el reloj “sino por la plenitud viva del crecimiento orgánico. Su tiempo es el de la vida [...], el tiempo del amor, que [...] se alegra cuando el fruto está finalmente maduro”. En definitiva, Dilsey, la última, “es la única preparada para el *kairós*”; solo ella, que no cuenta, experimenta el tiempo como plena y definitivamente “redimido”. Solo ella, que ama sin cálculo, sabe que su identidad reside en el “sí” que responde con todo su ser cada vez que escucha su nombre.

### 3.4. “Oración y tiempo”. *Encuentros en California (1968)*

Resulta inevitable evocar, en la lectura que Merton hace de Faulkner, su propia experiencia de juventud en Harlem, que narra en páginas de viveza desgarradora en su autobiografía, *La montaña de los siete círculos*, cuya edición revisada se publicó en 2023, en el 75 aniversario de su aparición en lengua inglesa. Un año después nos sorprende esta joya, hasta entonces inédita, de Merton que, como señala Francisco Rafael de Pascual, OCSO, “permite evaluar la obra entera de Merton [...] como si proyectara un haz de luz que ilumina temas acuciantes...”<sup>36</sup>.

*Encuentros en California (1968)* ofrece, por primera vez, la transcripción de las conferencias que Merton impartió a las religiosas de la Abadía de Nuestra Señora de Redwoods en dos retiros, en el último año de su vida. Las páginas recogen, además, el testimonio conmovedor de Gracie Jones, una mujer negra que había decidido pasar allí unos días de oración en momentos dramáticos para quienes apoyaban la causa de Martin Luther King. También ahora nosotros podemos conocer mejor, por su cercanía, a ese mismo Thomas Merton con el que Gracie se encontró, “no al Thomas Merton sacerdote y monje trapense ni al [...] escritor y poeta, sino a Thomas Merton, mi hermano en Cristo Jesús”.<sup>37</sup>

Merton había preparado las charlas a conciencia pero el curso de la conversación a menudo se ramificaba hacia una miríada de cuestiones a partir del tema central de la oración, todas ellas entrelazadas en la vida concreta, salpicadas de ejemplos y anécdotas, y puntuadas por notas de ironía inteligente aunque nunca hiriente. “Estaba claro que disfrutaba mucho”<sup>38</sup>. La conversión inicial de Merton, que relató en su autobiografía, se desbordó en una visión que participa de la misericordia con la que él se supo mirado, proyectada ahora a sus hermanas, con quienes se sabía amistado en Dios.

A continuación haré otra pequeña selección de pasajes procedentes del capítulo titulado “Oración y tiempo”<sup>39</sup>, de la segunda parte del libro correspondiente al segundo retiro, en octubre de 1968.

Merton, se dirige a sus hermanas, contemplativas como él, y tras referirse a las dos conferencias de Casiano sobre la oración constante<sup>40</sup>, comenta:

<sup>36</sup> Francisco Rafael de Pascual, “Presentación”, Thomas Merton, *Encuentros en California (1968). Conferencias y cartas de Redwoods*, Sal Terrae, Santander 2024, xiv.

<sup>37</sup> Gracie M. Jones, “Cuatro días con Merton”, Thomas Merton, *Encuentros en California (1968). Conferencias y cartas de Redwoods*, op. cit., 430.

<sup>38</sup> Douglas E. Christie, “Prefacio”, Thomas Merton, *Encuentros en California (1968). Conferencias y cartas de Redwoods*, op. cit., xxiii-xxiv.

<sup>39</sup> La grabación de esta conferencia apareció, para su distribución comercial, con el título *The Search for Wholeness: «3. Time and Prayer»*, Now You Know Media, Rockville, MD 2013.

<sup>40</sup> *Conferencias [Colaciones]* 9 y 10; [véase Juan Casiano, *Conversaciones para iniciarse en la vida espiritual*, Sígueme, Salamanca 2016]. Sobre la «oración constante», véase Columba Stewart, *Cassian the Monk*, Oxford

“Vivir una vida de oración constante es vivir una vida en la que el tiempo se experimenta de otra forma. [...] Tendemos a pensar que [...] el tiempo que aprendemos convencionalmente es el único que existe. Empecemos por afrontar el hecho de que no hay ‘tiempo’. El tiempo es algo puramente construido por nosotros [...], una proyección de nuestra propia condición interior [...]; por supuesto, tenemos una vida en evolución, pero el tiempo no está ‘ahí fuera’”.

Merton sigue diciendo que no hay nada objetable en el tiempo ordinario que permite organizar los días. Pero añade: “El tiempo bíblico es totalmente diferente. [...] No es cíclico, ni tampoco puramente lineal. El verdadero carácter del tiempo bíblico se resume en expresiones como ‘la plenitud del tiempo’, o como en el caso de María, cuando se dice de ella: ‘Ha llegado el momento de dar a luz a su primogénito’ [un momento que] no responde a la medida del reloj. [...] Es una plenitud [...] a la que se llega de manera secreta y que depende de cada persona. La idea de [tiempo en] la Biblia es esta plenitud [que] sucederá en el tiempo de Dios, que es un *kairós*. Lo que tenemos que hacer es garantizar que exista siempre esta apertura”. Y a continuación les dice que esa experiencia del tiempo bíblico es precisamente la experiencia de la oración: “Esa es la idea del tiempo en la Biblia: una plenitud, que se desarrolla [...] Esa...debería ser nuestra experiencia del tiempo, porque esa es la experiencia de la oración”.

Una vez más, introduce el ejemplo de *El ruido y la furia*, que resume y comenta con viveza, recomendando su lectura. El propio Faulkner leyó y grabó ese hermoso sermón de Pascua en una cinta. Y en un nuevo salto de la literatura a la vida, comparte con ellas lo siguiente: “Un amigo mío, un ministro baptista, Will Campbell<sup>41</sup>, hizo un hermoso servicio con diferentes lecturas, en el que leyó esta pieza en particular. Se trata de este [ministro] baptista del sur, en Nashville, que dijo: ‘Los tipos que hay que convertir son el [Ku Klux] Klan’. Así que va al Klan y les dice: ‘Tienen que reconciliarse con sus hermanos negros’. Y los del Klan dicen: ‘¿Quién es este loco?’ Pero lo aceptan. Conoce al jefe del Klan en Carolina del Norte y se va a visitarlos. Lleva su guitarra. Tiene un sonsonete alocado [y] muy divertido. Y se lo canta al Klan; es como una autobiografía de sí mismo, su última voluntad y testamento. Era amigo de Faulkner”.

---

University Press, Oxford 1998, 100-113. Para los comentarios de Merton sobre las *Conferencias* 9 y 10, véase Thomas Merton, *Cassian and the Fathers: Initiation into the Monastic Tradition 1*, edited by Patrick F. O’Connell, Cistercian Publications, Collegeville, MN 2005, 231-255; y *Pre-Benedictine Monasticism: Initiation into the Monastic Tradition 2*, edited by Patrick F. O’Connell, Cistercian Publications, Collegeville, MN 2007., 62-72.

<sup>41</sup> 14. Will Davis Campbell (1924-2013). Para su correspondencia inédita con Merton, véase: <http://merton.org/Research/Correspondence/y1.aspx?id=274>.

Y antes de abrir un turno de comentarios, Merton introduce otro ejemplo: “Tengo un hermoso texto de Rabindranath Tagore aquí, así que se me ha ocurrido leer esto. Es un pequeño poema. Terminaremos con eso, y dialogaremos sobre ello, o cualquier otra cosa. Es un buen concepto del tiempo que lo resume todo en cierto modo. Es realmente una pequeña oración. Se trata de un poema corto, de una docena de versos:

*Acéptame, Señor; cógeme este rato; y que  
se lleve el olvido los días huérfanos que pasé sin ti.  
Tiende este momentillo mío, descansadamente,  
en tu falda, y tenlo bajo tu luz.  
He vagado persiguiendo voces que me  
atraían, pero que no me llevaron a ninguna parte.  
Déjame ahora que me siente, tranquilo,  
a escuchar tus palabras en el corazón de mi silencio.  
No apartes tu cara de los oscuros secretos de mi alma, sino enciéndelos hasta  
consumírmelos en tu fuego<sup>42</sup>”.*

Y sigue Merton: “Aquí está la idea del tiempo; la idea del presente: ‘[...] ‘Este momentillo mío’ es el tiempo en el que me encuentro con Dios, ahora, en el presente, que es todo lo que tengo. El pasado, que Proust buscaba, dice [Tagore], olvídalos: ‘Se lleve el olvido los días huérfanos que pasé sin ti’. Olvidarlos, no regresar a ellos una y otra vez y seguir trayéndolos de vuelta. ‘Extiende este momento fugaz, sosteniéndolo bajo tu luz’. Es una expresión muy hermosa de la oración en el presente. ‘Tiende este momentillo mío, descansadamente, en tu regazo, y tenlo bajo tu luz’. Y luego: ‘He vagado persiguiendo voces que me atraían, pero que no me llevaron a ninguna parte’. Por supuesto, eso es lo que hacemos. ‘Déjame ahora que me siente, tranquilo, a escuchar tus palabras en el corazón de mi silencio.’ Y, ‘No apartes tu cara de los oscuros secretos de mi alma’, que es la aceptación de lo negativo y lo que es rebelde en nosotros mismos. ‘Sino enciéndelos hasta consumírmelos en tu fuego’. Transformar todo en nosotros. El bien y el mal, hasta que no sean más que un solo fuego, a través del fuego de su amor. Hay muchas cosas hermosas aquí, y [la hermana] Verónica lo pidió, así que voy a dejárselo a ustedes”.

“Que no sean más que un solo fuego a través del fuego de su amor”. Sea la oración —parece decirles, parece decirnos—, “semilla de ese fuego de súbitas raíces”, siembra de eternidad.

---

<sup>42</sup> «Crossing», publicado originalmente en 1918. [Adoptamos la traducción de Zenobia Camprubí para la edición española del poemario de Rabindranath Tagore, *Tránsito (Obra escogida)*, Aguilar, Madrid 1955, 362-363. Publicado por primera vez en España en Tip<sup>a</sup> de Fortanet, Madrid 1920 (N. de los T.).]

#### 4. Oración. “Vigilante contra el fuego” (II): El tiempo de la misericordia

Retrocedamos en el tiempo, al momento en que Merton, en su ronda nocturna, llega al campanario. Leemos en su diario, “la puerta se abre sobre un inmenso océano de oscuridad y oración”. Sigue su conversación, en intimidad con Dios, a quien eleva una plegaria y recoge, la noche del 4 de julio de 1952, su respuesta, en cifra de infinitud:

“A Ti, que duermes en mi seno, no te encuentro con palabras, sino en el surgir de la vida dentro de la vida y de la sabiduría dentro de la sabiduría. Se te encuentra en la comunión: Tú en mí y yo en Ti y Tú en ellos y ellos en mí: desposesión dentro de desposesión [...] vacuidad dentro de la vacuidad, libertad dentro de la libertad. Estoy solo. Tú estás solo. El Padre y Yo somos Uno.

La Voz de Dios se oye en el Paraíso:

*‘Lo que era vil se ha convertido en precioso. Lo que ahora es precioso nunca fue vil. [...] Lo vil no lo conozco en modo alguno. Lo que era cruel se ha vuelto misericordioso. Lo que ahora es misericordioso nunca fue cruel. Siempre he cubierto a Jonás con Mi misericordia, y no conozco la crueldad. ¿Me has visto, Jonás, hijo mío? Misericordia dentro de misericordia dentro de misericordia. He perdonado al universo sin fin, porque nunca he conocido el pecado. Lo que era pobre se ha vuelto infinito. Lo que es infinito nunca fue pobre. Siempre he conocido la pobreza como infinito: no amo en modo alguno las riquezas. Cárceles dentro de cárceles dentro de cárceles. No atesoréis éxtasis, para vosotros mismos, en la tierra [...] donde los minutos irrumpen y roban. No te aferres más al tiempo, Jonás, hijo mío, no sea que los ríos te arrastren. Lo que era frágil se ha vuelto poderoso. Amé lo más frágil. Cuidé lo que era nada. Toqué lo que carecía de sustancia, y dentro de lo que no era, yo soy’.*

Y concluye así sus notas, cuando muere la noche y amanece:

“Hay gotas de rocío que se muestran como zafiros en la hierba en cuanto aparece el gran sol, y las hojas se agitan tras el vuelo callado de una paloma que huye”<sup>43</sup>.

“Gotas de rocío como zafiros en la hierba”. “Gotas de rocío como zafiros en la hierba cuando aparece el gran sol”. El jesuita Gerard Manley Hopkins, que fue determinante en la decisión de Merton de hacerse católico, debió experimentar algo similar cuando escribió estos versos: “De repente, yo soy lo que Cristo es, porque Él fue lo que yo soy, y / este fulano, hazmerreír, pobre pedazo de teja, este pelele, brizna de leña, diamante inmortal, / es diamante inmortal.”<sup>44</sup> (Hasta aquí la cita) Este y aquella nada, ese fulano y la otra fulana, Dilsey, Gracie, tantos y tantas “pobres de Yavé”<sup>45</sup>, que son “nadie”, sin precio y por eso, para algunos, despreciables, son, sin embargo, “diamante inmortal”, “zafiros”, cuando los mira “el gran sol”, cuando los colma la Luz.

<sup>43</sup> Thomas Merton, *El signo de Jonás. Diarios (1946-1952)*, op. cit., 405.

<sup>44</sup> Gerard Manley Hopkins, *Poemas completos* [Edición de Manuel Linares], Mensajero, Bilbao 1988, 182.

<sup>45</sup> Albert Gélín, *Los pobres de Yavé*, Nova Terra, Barcelona 1965.